



Esta obra possui uma Licença

Submissão: 20/09/2024 | Aprovação: 16/11/2024

Creative Commons Atribuição-Não Comercial 4.0 Internacional



<https://periodicos.ufpa.br/index.php/revistamargens/article/view/15766>

<http://dx.doi.org/10.18542/rmi.v18i31.15766>



Margens: Revista Interdisciplinar | e-ISSN:1982-5374 | V. 18 | N. 31 | Jul-Dez, 2024, pp. 263-270 

RESENHA: CUIDADE BERRACA, DE RODRIGUES RAMOS

REVIEW: CIUDAD BERRACA, BY RODRIGO RAMOS

Mireya Alejandra RAMOS  

Universidad de Concepción– UC (Chile)¹

Resumo: Lo presente texto és una resenha da obra Ciudad berraca (2018), de Rodrigo Ramos. La novela trata sobre el difícil movimiento migratorio de Jean Parrada Castillo y su familia desde la selva de Colombia hasta el norte de Chile en Antofagasta.

Palavras-chave: Ciudad Berraca. Rodrigo Ramos. Migraciones

Abstract: *This text is a review of the work Ciudad berraca (2018), by Rodrigo Ramos. The novel deals with the difficult migratory movement of Jean Parrada Castillo and his family from the jungle of Colombia to the north of Chile in Antofagasta.*

Keywords: *Ciudad Berraca. Rodrigo Ramos. Migrations*

¹Profesora de Estado en Castellano, Universidad del Bío Bío; Magíster en Educación, Universidad de Concepción; Magíster en Gestión Educacional, Universidad San Sebastián. Docente de Lengua y Literatura por nueve años en el sistema escolar; Docencia en educación superior en asignaturas de formación pedagógica y disciplinar por espacio de once años en la Universidad San Sebastián.. E-mail: mireramos@udec.cl

CIUDAD BERRACA

Ciudad berraca (2018), del escritor y periodista chileno Rodrigo Ramos Bañados, es una novela que transcurre en Antofalombia, un lugar construido entre antofagastinos y colombianos a la llegada de la primera oleada de migrantes al norte de Chile entre los años 2010 y 2012. Provenientes de las zonas selváticas de Buenaventura y de Cali, llegan arrastrados por los problemas internos de su país y por la guerrilla colombiana.

El protagonista, Jean Parrada Castillo, un adolescente de dieciséis años, junto con sus padres y dos hermanos menores, realiza una peligrosa travesía por Ecuador, Bolivia y Perú hasta su anhelado destino: “esa ciudad berraca que vivía su esplendor económico, gracias al precio del cobre que estaba en las nubes de la bolsa de valores de Londres” (Ramos, 2018, p. 13).

En algunos tramos eran guiados por coyotes peruanos, que se referían a Chile como el paraíso de rotolandia; y por un camionero boliviano, en el último tramo de lo que restaba para llegar a Pozo Almonte. Jacinto Quispe se llamaba y no perdió oportunidad, durante el trayecto con la familia Parrada, de despotricar contra todo lo que fuera de Chile: “un carajo país de mierda, decía” (2018, p. 33). Y sin tener mucha idea de cómo era Chile, salvo por el fútbol, Alexis Sánchez y lo frío de su clima, la expresión de Quispe daba clara cuenta de lo que éramos como chilenos y de cómo trabajábamos a nuestros vecinos o a los forasteros.

De manera violenta y xenófoba fueron recibidos en su primer día en Antofagasta, en una larga fila de extranjeros hacia la gobernación: “Colombianos traficantes, fuera de Chile”, “Negros narcos” (2018, p. 9). Pese a este recibimiento, estaban dispuestos a todo con tal de recomenzar sus vidas en ese desierto que, aunque en nada asemejaba con la humedad de sus selvas, sí les ofrecía estar juntos y libres de la muerte en manos de las guerrillas del famoso Valle del Cauca.

La idea de Jean y su familia era sobrevivir de manera honesta y en nada que estuviera fuera de la ley. Es lo que don Lino, el padre de Jean, les hizo prometer a sus hijos.

Una vez instalados en un campamento a orillas de un vertedero de chatarras, Jean supo que allí se quedarían indefinidamente, en una ciudad sin árboles, de cerros que parecían incendiados por el sol y en contraposición el océano, provocando en el adolescente una sensación de desamparo que por alguna razón le agradó. Supo en ese instante que el caos de Tumaco, con sus selvas, los mosquitos y las FARC, no era transferible a este desértico lugar, sin embargo, elucubró en su mente que otro tipo de violencia se fabricaba allí con la sola presencia de colombianos como él. Al racismo se sumaba el desprecio social de los chilenos: “Pero Jean guardaba la esperanza. Incluso más allá de las

limitaciones que le imponían los chilenos, que lo tildaban de grone, colombiano y pobre; lo último era lo que más le molestaba, pues él quería prosperar” (2018, p. 14).

La familia comenzó a buscar oportunidades laborales que no se dieron tan fácilmente, ni mucho menos se podía esperar que fueran puestos formales de trabajo; estaba latente su temor a ser descubiertos por la Policía de Investigaciones de Chile PDI en su situación de migrantes ilegales.

Gran parte de la solidaridad que reciben se debe a los infortunios que padece la familia y a la compasión que ello genera en sus vecinos, especialmente por Eyhi, la hija menor, víctima de una bala que tenía incrustada en la cabeza, tras la persecución al progenitor por parte de una mafia de Cali. Motivo para la llegada de fotógrafos y reporteros de medios locales que realizaron notas periodísticas sobre la “Niña bala”.

A Jean y a su hermano Álex se les había ocurrido una forma de ganar dinero con la venta de televisores viejos que llegaban al vertedero, reflejo de la fiebre del consumismo de la ciudad minera que hacía proliferar estos basureros de la modernidad.

Jean además había encontrado el vestigio de una parte de la historia de Chile que no conocía, y que más tarde le explicó el conserje de un condominio con quien había hecho amistad, Manuel Lau, un ex militar en la época de la dictadura. Enterrado en el desierto, encontró un tanque de guerra: “Jean le mostró la chatarra, parecía un viejo M-41, uno de esos tanques gringos que circundaron La Moneda en septiembre de 1973” (2018, p. 44).

A diferencia de sus padres, el adolescente sabía que nunca regresaría a Colombia, por eso le interesaba aprender el presente y el pasado de este país. En ese rol de profesor, Manuel Lau le contó que la ex oficina salitrera de Chacabuco había sido un campo de prisioneros políticos en la dictadura de Pinochet y que este había matado a mucha gente cuando vino a poner orden al país y que hasta el día de hoy su nombre divide a los chilenos, provocándoles un odio que se transmite por generaciones: “El viejo tanque de Pinochet se transformó en el tanque de la esperanza: Jean era el príncipe de los colombas de Antofagasta y, si era necesario, los defendería a todos.” (2018, p. 44).

Manuel Lau, además de contarles estas historias e instruirlo en lecturas de libros y revistas viejas, lo ayudó con trabajos informales como la venta de frutas cerca del condominio, cuidar autos, pasear a las mascotas, cortar pasto, incluso llegó a confiarle su trabajo en la consejería mientras él se pegaba unas escapadas habituales a la vieja salitrera de Chacabuco: “Con orgullo le contaba, como si fuera el protector de algún sitio arqueológico, que en el tiempo que estuvo en la salitrera de Chacabuco como guardia contribuyó a detener el saqueo y a proteger la ciudadela de latón oxidado.” (2018, p. 89).

Lau insistía en que los milicos no mataron gente durante la dictadura, ni a comunistas, ni a nadie, cuando él estuvo tras una ametralladora en su época de conscripto. De algún modo había quedado prendado de ese lugar que visitaba, al menos, una vez al mes. Ahuyentando a saqueadores de lo poco que quedaba, y también a coleccionistas de la dictadura que esperaban encontrar cadáveres o casquillos de balas, pero según él, y pese a la obsesión que tenían, nunca encontraron nada.

Jean estaba abierto a aprender de todo, con cada persona que se topaba era capaz de aprender algo. Se ilusionaba con desarrollar alguna vocación que le significara tener oportunidades de mejor vida, porque estaba consciente de que sin una cédula de identidad chilena era difícil acceder a la universidad, más aún si su escolaridad había alcanzado lo que para el sistema educativo chileno es el primero medio.

Lo cierto es que tenía interés por muchas cosas, le gustaba jugar a la guerra desde pequeño, cuando su madre le regalaba soldaditos de plástico. Quería ser fotógrafo y trabajar en un diario y ser el primer fotógrafo negro en Antofagasta: “Rastrear la vida de los colombas en la ciudad. Publicar fotos de los parces. Y dejar testimonio de la inmigración” (2018, p. 72). También se vio formando parte de la PDI con una pistola y manejando una camioneta. Imaginó que su salvación sería el deporte, en un club deportivo lleno de negros buenos para el fútbol. Le gustaba Alexis Sánchez y quería conocer Tocopilla, la ciudad donde este se subía a un camión y regalaba juguetes a los niños en navidad.

Conoció a un profesor universitario residente del condominio, Héctor Farandato, quien “se consideraba humanista y respetuoso de la diversidad” (2018, p. 82), pero no pudo evitar sucumbir ante la belleza de Jean y le propuso sacarle fotos desnudo para una exposición artística y cuánto le cobraba por ese trabajo, ante lo cual, de inmediato, se arrepiente por haber sido arrastrado por sus pasiones, dado que como homosexual él siempre exigía respeto, pero esta vez se había salido de los límites.

Las conversaciones con Farandato ocurrían comúnmente en el puesto de frutas que el joven instalaba cerca del condominio. Un día le mostró una colección de películas y le propuso adiestrarlo en el conocimiento del cine, en su departamento, con el fin de que enseñara este conocimiento a su gente en algún taller de esos que cada cierto tiempo auspician las mineras.

De este modo, la experiencia de integración y aprendizaje de los personajes en Antofalombia se construía sobre la compasión y la solidaridad de algunos, pero más por la discriminación y el racismo que estaba incrustado en la mayoría de sus habitantes, partiendo por un muro que separaba al basural humano y los condominios del progreso que se difuminaban hacia el mar.

Don Lino, sin tener oportunidad laboral que le permitiera sustentar a su familia, se convierte en un ladrón de animales exóticos, cobrando recompensas a sus desesperados dueños, además de robarle a su propia esposa una valiosa caja con dinero que esta tenía a su cuidado. Aquella relación termina en el abandono de su familia.

Álex, después de probarse en muchos clubes deportivos como futbolista logra ser fichado por un equipo importante de Santiago, no exento de arbitrariedades y malos tratos por ser negro.

El espíritu de superación de la madre, incursionando en diferentes proyectos laborales independientes para sustentar a la familia, la impulsaron a instalarse con un salón de belleza que le reportó buenas ganancias al descubrir cómo complacer la vanidad de las antofagastinas, siempre en disputa con las colombianas quita maridos, por su evidente gracia natural, sus atrevidos maquillajes y prominentes traseros: “Fue gracias al trabajo de la madre y al apoyo de Viveca que consiguieron tener luz eléctrica, agua y televisión por cable en la casa” (2018, p. 126).

El momento de mayor tensión en la travesía de estos personajes está marcado por el partido de Chile y Colombia en el contexto de las eliminatorias al Mundial de Fútbol que se realizaría en Brasil el 2014. Las clasificatorias se jugaron en Barranquilla en octubre del 2013 y donde resultaron vencedores los colombianos. Los grupos anticolombianos jadeaban en las calles preparándose para humillar al primer colombiano que se les atravesara aquella fatídica noche: “Si no se les ganaba en la cancha, se les ganaba en la calle, a combos, a patadas, a martillazos y a balazos” (2018, p. 140).

Por esos días Jean reemplazó a Manuel Lau en la conserjería del condominio y quedó oficialmente a cargo; se sentía orgulloso por la confianza que se ganaba de los vecinos. No escuchó los goles, pero la desazón de los chilenos ante la espera que definiría su clasificación en el juego con Ecuador desató la ira contra los colombianos. Para su infortunio, Jean se encontraba en la línea de fuego de esos enfurecidos choripanes humanos como los graficó: “le tocó recibir a los hinchas chilenos [...] venían a los asados que engrasaban la atmósfera con el tufo a chorizo quemado” (140). Fue insistentemente provocado a pelear, desde los menos a los más agresivos, recibió todo tipo de insultos y al ver que no respondía lo atacaron en grupo, incluida una asistente social, que se hizo parte de ese odio en grupos de Facebook anticolombianos: “Trabajaba en la repartición de gobierno de desarrollo social y quedó dañada por los colombas cuando su pareja conoció a una de esas mujeres culonas que llamaban la atención de cuanto viejo caliente había en la sopeada Antofalombia” (2018, p. 140).

Jean fue llevado por Farandato de urgencia a un hospital, sangraba por todos lados, los campamentos emplazados en los cerros ardían en fuego provocado por chilenos borrachos como una

forma de desatar su ira contra los colombianos, ni siquiera dejaban avanzar a los bomberos. Frente a esta escena de horror que ya habían vivido en la selva, no tuvieron más opción que agarrar fierros y palos para defenderse de la violencia de los chilenos en ese momento. Ante tal ataque, Jean estaba decidido a cumplir una de sus vocaciones, la de la guerra, para defender a los suyos, intentando hacer andar el viejo tanque de Pinochet.

El planteamiento de Zygmunt Bauman, en su libro *Vidas desperdiciadas*, nos da luces respecto al análisis del fenómeno migratorio que protagoniza la familia afrocolombiana Parrada Castillo, por razones políticas y de subsistencia. Al respecto, las características y condiciones de los personajes de *Cuidad berraca* se ajustan a las reflexiones de este sociólogo, al menos en dos sentidos:

Para Bauman la migración forzada es una condición que cataloga a las personas migrantes como seres superfluos, innecesarios, carentes de uso, según el criterio de quienes diseñan la modernidad. Son aquellos no necesitados por los otros: “No existe razón para tu presencia ni obvia justificación para tu reivindicación del derecho a seguir ahí” (Bauman, 2015, p. 24). Son los declarados desechables, una mercancía que carece de utilidad, cuyo destino es el basurero, como ocurre a la familia Parrada cuando son llevados a vivir a un vertedero de electrodomésticos.

A su vez, el vertedero para Bauman es una necesidad de la modernidad, porque marca la diferencia entre nosotros y los otros: “Entre normalidad y patología, salud y enfermedad, lo deseable y lo repulsivo, lo aceptado y lo rechazado (2015, p. 43). En Antofalombia hay una muralla que divide ambos mundos.

Por su parte, el trabajo de Daiana Nascimento promueve la reflexión sobre el fenómeno de la migración en el norte de Chile, mediante esta novela. Donde los protagonistas viven la exclusión en todo sentido, incluso desde la propia institucionalidad que deja ver su falta de preparación y de políticas respecto a la subsistencia de personas en situación de migración.

El telón de fondo de la migración sea de orden interno o externo, como el que se representa en la novela, no ha sido suficientemente abordado por los estudios literarios pues casi siempre están focalizados en la experiencia de migración desde el país de acogida, restando valor a su trasfondo. (Nascimento dos Santos, 2022).

Desde este punto de vista, Nascimento nos señala que este asunto se ha estado discutiendo en grupos de investigación: “Crisis humanitaria y migración en la novela reciente de África y Latinoamérica”, siendo mucho menor la producción literaria sobre las complejidades que deben afrontar las personas afrocolombianas en la experiencia de migración y que en la mayoría de los casos es una migración forzada. Existen factores políticos, sociales, religiosos que determinan la salida

abrupta desde sus territorios. Por ejemplo, la familia Parrada Castillo, protagonista de la novela, son originarios de una de las zonas de mayor complejidad en Colombia, en la región del Valle del Cauca y en el Pacífico colombiano, como el Chocó; zonas definidas por la ONU como escenarios de vulnerabilidad de derechos e inestabilidad, que implican para las comunidades afrocolombianas, permanentes desplazamientos de emergencia.

REFERENCIAS

Bauman, Zygmunt. 2015. **Vidas desperdiçadas**. Ediciones Culturales Paidós.

NASCIMENTO DOS SANTOS, Daiana. 2022. Migração en la novela *Cuidad berraca* de Rodrigo Ramos Bañados. **Letrônica**, Porto Alegre, V. 15, N, p. 1-8, jan. -dez. E ISSN: 1984-4301, 2022.

RAMOS BAÑADOS, Rodrigo. 2018. **Cuidad berraca**. Editorial Alfaguara.